

Pobreza y marginalidad: La lucha por la construcción de una identidad.

Por Carla Umansky

Introducción

Vivimos en un mundo globalizado. A cada paso que damos nos encontramos invadidos por un centenar de productos, marcas y bienes. En un mundo donde el empleo no calificado es cada vez más escaso, y donde la educación superior es muchas veces un privilegio y no un derecho, la identidad comienza a construirse lejos de los valores familiares, laborales o comunitarios para centrarse alrededor de los bienes consumidos o poseídos.

“Uno de los rasgos más notorios es que los jóvenes tienden a reorganizar su subjetividad en función de otros ejes, que le procuran una mayor sensación de realización personal: por ejemplo, la identificación con algún tipo de vestimenta o un ritmo musical otorga la ocasión para definir positivamente nuevas afiliaciones y pertenencias, desde las cuales afirmarse e involucrarse imaginariamente.”⁽¹⁾

Cuando la identidad se construye a partir de las posesiones materiales, las diferencias de clases pueden marginar la existencia de los grupos sociales más pobres. Si para pertenecer, si para ser ciudadano de pleno derecho es necesario consumir, quienes menos capacidad de hacerlo tengan, serán más excluidos.

Estas diferencias sociales se ven exacerbadas por el bombardeo mediático de productos, que se ha esparcido por todo medio de comunicación existente: desde la radio hasta las redes sociales, las publicidades no hacen más que generar un deseo de consumo, una imperiosa necesidad de obtener y acumular bienes. Pero las publicidades no discriminan por clase: son abiertas a todo aquel que tenga acceso a internet, radio, televisión o diarios.

Esto conlleva a que, aunque todos tenemos la misma capacidad y alcance para consumir las publicidades de cuanto producto y servicio ofrezca el mercado, no todos los miembros de la sociedad tienen el mismo poder adquisitivo para acceder a esos bienes.

No es difícil imaginar que esta disparidad entre el poder de consumo de las diferentes clases sociales conduzcan inevitablemente a situaciones de tensión. Por un lado, las clases sociales más bajas se ven marginadas, no sólo territorialmente (limitándose a barrios bajos o villas miseria) sino también socialmente, incapaces de acceder a los mismos bienes que las clases medias. Por otro lado, las clases medias o altas, cuyo poder adquisitivo les permite rodearse de insumos que asientan su identidad, y por ende, su posición en la sociedad, marginan a las clases más bajas por no poder hacerlo.

Durante los últimos años en Argentina se han destinado numerosas medidas de contingencia para paliar las diferencias sociales, mejorando la calidad de vida de las clases más bajas. Sin embargo, en cuanto estas medidas fueron instauradas, las clases medias y altas comenzaron de inmediato a rechazarlas. Desde insultos hasta crueles estereotipos, esta violencia desde las clases altas hacia las bajas es una clara señal de rechazo al marginado, que por primera vez, puede comenzar a integrarse a la sociedad.

Los medios de comunicación han sido partícipes en la incitación de esta violencia desde arriba. Numerosos periodistas e incluso referentes de partidos políticos⁽²⁾ se han pronunciado en contra de planes de asistencia social; sus argumentos para oponerse a los mismos están basados únicamente en estereotipos que poco se condicen con la realidad.

La repetición sistemática de estas agresiones a las clases más necesitadas no hace más que aumentar la brecha social en un mundo ya dividido: cuando el alcance económico de las clases más bajas se acerca, gracias a los planes de contingencia, al de las clases medias y pueden acceder a bienes alrededor de los cuales construir su identidad, las clases medias recurren a los estereotipos y la xenofobia para distanciarse, de una forma u otra, de los marginados.

De esta forma, las clases bajas parecieran tener prohibido prosperar en una sociedad que sólo les permite vivir al margen de la comunidad y, a veces, incluso fuera de ella, y en la que la idea de sentirse “ciudadanos”, es decir, de construir una identidad parece difícil, si no imposible.

Esta situación no es característica particular de Argentina, mucho menos de la región latinoamericana, sino que está también presente en las sociedades que Löic Wacquant llama sociedades civilizadas.

“Las décadas de expansión que siguieron a los grandes impactos de la Gran Crisis de 1929 y de la Segunda Guerra Mundial han llevado a los países capitalistas occidentales a considerarse sociedades pacíficas, cohesionadas e igualitarias – en una palabra, civilizadas, según la acepción habitual del término, es decir, en camino hacia las formas más acabadas de la cultura y la vida humanas

De hecho, uno de los rasgos centrales de la imagen que esas sociedades construyeron de sí mismas durante la inmediata posguerra consistía en que esos estatus heredados, como la pertenencia de clase, el origen étnico o la “raza”, eran cada vez menos pertinentes para acceder a posiciones sociales valorizadas y a las posibilidades de vida que las acompañan[...]. Al mismo tiempo, se extendía la idea según la cual las formas más extremas de desigualdad estaban en vías de ser superadas, es decir, erradicadas, gracias a la distribución más amplia de bienes públicos como la educación, la salud y la vivienda a cargo del estado de bienestar

[...] A partir de las últimas dos décadas, esta imagen de sí misma elaborada por las sociedades del Primer Mundo ha estallado en pedazos ante la aparición de las protestas públicas, las crecientes tensiones étnicas y el aumento de las privaciones y la desesperanza en el corazón de las grandes ciudades. Lejos de que la miseria fuera reduciéndose y las identidades étnicas disolviéndose, las naciones avanzadas han quedado afectadas por la expansión de la ‘nueva pobreza’, simultáneamente con la aparición –o el crecimiento– de ideologías racistas acompañadas, a menudo, por conflictos violentos que implican directamente a los jóvenes de los barrios populares”⁽³⁾

Estas sociedades “civilizadas” han sido testigos del nacimiento de sectores marginales que, lejos de ser contenidos por el estado, se limitan a subsistir en un entorno cerrado, con pocas alternativas legales y bajo la lente prejuiciosa del resto de la sociedad.

Estos sectores marginales, lejos de desaparecer en los últimos años, se acentuaron, al igual que la xenofobia de las fuerzas de seguridad del Estado, representadas por la policía. Durante

los meses de verano (para nosotros invierno) del año 2015, los enfrentamientos policiales con las comunidades de color de los Estados Unidos (por lo general, de bajos recursos y marginadas socialmente) cobraron una alarmante importancia que sometió al país en un debate de escala nacional.

Las fuerzas de seguridad estadounidenses están lejos de ser aptas para proteger a la comunidad, especialmente cuando muestra tan claros indicios de xenofobia. Estadísticas recientes demuestran que las personas de color tienen hasta el doble de chances de encontrar la muerte a manos de la policía que las personas blancas, mientras que el 75% de las personas que tuvieron encuentros con las fuerzas de seguridad denunciaron abuso de autoridad.⁽⁴⁾

Ha habido casos en los que las víctimas de las fuerzas policiales no eran más que niños o adolescentes, muchos de ellos estudiantes, que lejos estaban de representar un peligro para las fuerzas armadas.⁽⁵⁾ Así mismo, hay numerosas sospechas de abuso de la fuerza dentro de las mismas cárceles.⁽⁶⁾ Estas acciones fueron repudiadas no sólo por las comunidades de color, sino también por algunos sectores mayoritarios.⁽⁷⁾

Sin embargo, esta represión que sufren las comunidades de color (incluyendo hispanos, afroamericanos, musulmanes, entre otros) no es nueva y no está cerca de resolverse. En tanto la represión sea la medida para paliar los disturbios, sin generar políticas de estado que fomenten la educación, el empleo y la ayuda social de los sectores marginales, las protestas, los saqueos y las manifestaciones volverán a surgir en los períodos de crisis.

Aún peor, los momentos de crisis en que los disturbios cobran interés nacional no son utilizados para debatir la problemática y hallar soluciones, sino meramente para reafirmar los estereotipos. Así, no es raro que canales de noticias republicanos cataloguen a toda la comunidad negra como delincuente, o que los noticieros argentinos gasten la mayor parte de sus horas a los índices de criminalidad.

Es pertinente en este punto hacer una aclaración: no se trata de avalar los disturbios, especialmente aquellos que dañan las viviendas y los pequeños comercios urbanos; por el contrario, son totalmente repudiables. Sin embargo, tampoco es correcto detener el análisis en la manifestación y la composición étnica o social de sus participantes, sino que debe permitirse un debate de las cuestiones de fondo que llevan a la ocurrencia de estos disturbios en primer lugar.

Si las sociedades no toman conciencia de la necesidad de las medidas paliativas o de la redistribución de las riquezas, no importa que el Estado las imponga porque serán inmediatamente rechazadas. En tanto las sociedades permanezcan egoístas, donde mantener el status social es más importante que erradicar la pobreza, poco se podrá hacer para avanzar en este sentido.

Es doloroso pensar que las clases altas decidan ignorar a las clases más bajas en tanto no representen un peligro o no se acerquen demasiado a su status social. Es evidente entonces que los estereotipos se convierten no sólo en una justificación para marginar a las clases más bajas, sino para evitar invertir en ellas.

El rol de la ciencia en las políticas de estado

No es raro que las divulgaciones científicas, especialmente cuando están a cargo de comunicadores que poco se acercan al mundo de la ciencia, esté plagada de sesgos y malinterpretaciones. Con la modernización y expansión de la comunicación, los ejemplos se han multiplicado exponencialmente, y es habitual encontrarse en diarios online o sitios web, numerosos artículos a los cuales citar de ejemplo.

Un caso quizá inocente se puede encontrar en unos artículos presentados por diarios on-line acerca de la curiosa aparición de margaritas “mutantes” en las inmediaciones de la central nuclear de Fukushima, cuatro años después de su destrucción. En este caso, las correcciones pertinentes no tardaron en aparecer, y el caso quedó en el olvido. ⁽⁸⁾⁽⁹⁾

Aunque la historia de las margaritas “mutantes” pueda parecer cómica, hay casos donde la mala difusión de los resultados científicos ha llevado a consecuencias de índole más seria. Muchas veces se han utilizado fundamentos científicos malinterpretados (a veces intencionalmente) con el objeto de justificar los estereotipos creados alrededor de la figura del pobre.

Un buen ejemplo de cómo la ciencia puede usarse en detrimento de las comunidades, especialmente aquellas que por sus condiciones sociales no pueden acceder a niveles educativos medios y superiores, se encuentra en los experimentos científicos sobre la base genética de la inteligencia humana:

“Es conocido que el promedio del CI de los negros de Estados Unidos es inferior al promedio de los blancos del mismo país. El problema no consiste en desconocer esta realidad, si no en atribuir la diferencia a causas genéticas y omitir la insoslayable influencia del ambiente. Prueba de ello es que si se comparan los CI de los negros de los estados del norte con los de los blancos de los estados del Sur, el promedio de los primeros resulta más alto que el de los segundos. Esto indica claramente que el ambiente cultural, educativo, familiar, tradicional, económico, industrial, urbano o rural, histórico, climático, etc. está influyendo con fuerza sobre el desarrollo de un cierto tipo de inteligencia, independientemente de los genes que determinan caracteres superficiales como el color de piel o el rizado del pelo.

Esto no quiere decir que la capacidad de aprender y se razonar sea totalmente independientemente de los genes. Es probable que la constitución genética de CADA individuo sea determinante de su desarrollo intelectual, pero esa afirmación sólo puede aceptarse si se tiene en cuenta la siguiente premisa. En los humanos es mucho más difícil que en otras especies discriminar qué porción de un fenotipo dado es heredada y qué porción es adquirida. La incertidumbre radica en la posibilidad de diferenciar los porcentajes relativos, pero no en que esos porcentajes relativos realmente existan.” ⁽¹⁰⁾

“Aun si existieran evidencias de variantes de genes que favorecieran y otras que desfavorecieran el desarrollo intelectual, no existe ninguna evidencia experimental de que las primeras estén particularmente concentradas en un grupo humano y las segundas en otro.

‘Heredable’ por consiguiente no es igual a “inevitable”. Un valor de heredabilidad alto no significa que el carácter no pueda ser modificado sustancialmente por factores ambientales. El

genotipo puede determinar el rango de fenotipos posibles, pero exactamente qué fenotipos se dan depende de las interacciones con el ambiente.”⁽¹¹⁾

Los resultados científicos sobre las bases genéticas de la inteligencia humana, que poco han demostrado la superioridad de un grupo étnico sobre otro, han sido pobremente utilizados por los grupos mediáticos y de poder para justificar la falta de inversión en los sectores menos favorecidos de la sociedad.

Este proceso se vuelve vicioso si pensamos que los sectores más empobrecidos suelen tener, de por sí, un muy restringido acceso a cualquier tipo de oportunidades (ya sea laborales o educativas) y que se ven relegadas política, social y mediáticamente hasta que se producen estallidos, revueltas y disturbios y que estos se utilizan únicamente para justificar su falta de oportunidades.

“Los intentos para aclarar las bases genéticas de la inteligencia humana son controvertidos por buenas razones. Los resultados de tales estudios, especialmente cuando se interpretan mal, pueden tomarse como una justificación biológica de políticas sociales discriminatorias. Algunas personas prefieren creer que los problemas de los desventajados de nuestra sociedad no son el resultado de fuerzas sociales más allá de su control, sino de sus genes. [...]De acuerdo con este falso razonamiento, se ha concluido que los esfuerzos para elevar el CI mediante una mejor educación e intervenciones sociales están condenados al fracaso”⁽¹⁰⁾

Es por estas razones que la divulgación científica no debe prestarse a confusiones. Cuando los intereses de toda una nación y el progreso de una clase ya de por sí marginada dependen de la intervención del Estado, la comunidad científica no puede prestarse a justificar la xenofobia imperante en las clases altas o gobernantes.

Con esto en mente, hay que tener en cuenta que aunque a que la ciencia no juega un papel definitorio sobre las políticas de estado, sí debe pronunciarse no sólo en pos de una educación de calidad que abarque a todos los niveles sociales, sino de forma tal de que los resultados de los ensayos científicos no puedan ser usados en contra de los intereses populares.

Conclusiones finales

La xenofobia ha sido una condición inherente al ser humano desde los comienzos de su historia. Sin embargo, cabría esperar que con el avance de las civilizaciones y las culturas, estas tradiciones de marginalidad comenzaran a desaparecer.

Sin embargo, no pareciera observarse dicha tendencia. Muy por el contrario, las desigualdades parecieran no sólo no reducirse, sino aumentarse en un mundo donde los marginados, pese a ser la gran mayoría mundial, no tienen ciudadanía, identidad y en algunos casos, tampoco derechos.

Esta marginalidad no es únicamente un producto de la falta de participación del Estado como protector de las clases bajas. Muy por el contrario, cuando fueron implementadas políticas estatales de asistencia social, no tardaron en aparecer numerosos estereotipos e insultos hacia la clase baja emergente, incentivados por los medios de comunicación y los referentes políticos y reiterados por las clases sociales más acomodadas.

De esta forma, las clases sociales bajas parecieran estar permanentemente atadas a serlo, no porque genéticamente estén así determinadas, sino porque el resto de la sociedad rechaza fervientemente la idea de que los marginados puedan ser efectivamente parte de la sociedad, es decir, que puedan construir sus identidades de forma similar a como lo hacen las clases medias y altas.

¿Es correcto que, perteneciendo a las sociedades civilizadas se prosiga con esta xenofobia tan antigua como la cultura humana? ¿Es correcto que las clases altas, cuya identidad está bien afirmada sobre los pilares de su consumo, rechace tan abiertamente el progreso de los desposeídos? Y la pregunta más importante, ¿cuál es el rol de los medios de comunicación en la sistematización de la fabricación de estereotipos, es decir, en la prolongación de la violencia desde arriba?

Como ciudadana, creo que es menester que las sociedades actuales comiencen a preguntarse estas cuestiones diariamente. Es casi una obligación ética replantearnos cómo nuestras decisiones políticas pueden afectarnos y como afectan a su vez al resto de la sociedad. Con esto no hago referencia únicamente a las decisiones ejecutivas o legislativas, sino a la actitud cotidiana de nuestro consumo.

En la medida en que avalemos las distinciones de clases, en la medida en que creamos y repliquemos los estereotipos sin pensar en el daño potencial que hacemos a toda una generación desprotegida, no seremos capaces de avanzar como sociedades, e incluso creo que tampoco podemos atribuirnos el título de civilizados.

En tanto no dejemos de discriminar, de permitir e incluso instaurar diferencias sociales, jamás seremos capaces de erradicar la pobreza.

Bibliografía

1. Maristella Svampa: "La sociedad excluyente. Argentina bajo el signo del neoliberalismo, Buenos Aires, Taurus, Noviembre de 2005."
2. Diario Página 12. "Antes hacían el fuego del asado con el parquet". [On-line]. [16/05/2010] <http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-145746-2010-05-16.html>
3. Loïc Wacquant: "Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado". Editorial: Siglo XXI Editores Argentina 1ª edición. Buenos Aires; 2007
4. Radio Nacional. "La policía de Estados Unidos mató a más de mil personas en lo que va del año". [On-line]. [20/11/15]. <http://internacionales.radionacional.com.ar/?p=23801>
5. Diario El País, España. "La policía de Cleveland mata a un niño que llevaba una pistola de juguete" [On-Line]. [24/11/2014]. http://internacional.elpais.com/internacional/2014/11/24/actualidad/1416821964_284189.html
6. Ray Sanchez, CNN USA "What we know about the controversy in Sandra Bland's death" [On-Line]. [21/05/15]. <http://edition.cnn.com/2015/07/21/us/texas-sandra-bland-jail-death-explain/>

7. Diario Infobae “Michael Moore sobre Baltimore: pidió desarmar la policía”. [On-Line] [1/05/15]. <http://www.infobae.com/2015/05/01/1726001-michael-moore-baltimore-pidio-desarmar-la-policia>
8. Diario Clarín “El extraño caso de las ‘margaritas mutantes’ de Fukushima”. [On-line]. [23/07/15]. http://www.clarin.com/mundo/japon-Fukushima-crecen-margaritas-mutantes_0_1399060364.html
9. Diario ABC Natural “El extraño caso de las «margaritas mutantes» de Fukushima”. [On-line]. [23/07/15] <http://www.abc.es/natural-biodiversidad/20150723/abci-margaritas-fukushima-modificadas-201507230912.html>
10. William S. Klug y Michael R. Cummings “Conceptos de genética: Quinta edición” Editorial Prentice Hall. Año: 1999
11. Alberto Kornblihtt “La humanidad del genoma: ADN, política y sociedad”. Editorial: Siglo Veintiuno editores. Año: 2013